En 1909 se han publicado en Madrid las obras completas de Rosalía de Castro; uno de los volúmenes de esa colección — el primero — lo constituyen las poesías castellanas *En las orillas del Sar*. Pone un prólogo a la nueva edición el que fué marido de Rosalía: don Manuel de Murguía. Obedecía sólo en sus versos Rosalía—escribe el prologuista—a la cadencia; se separó de la métrica usual en su tiempo. «Causó su innovación tanta sorpresa —añade— que su libro *En las orillas del Sar* fué, por de pronto, mirado, desde este punto de vista, como un atrevimiento indisculpable, por unos; para los más como un enigma». Cuando se repasan las poesías de este volumen se experimenta una emoción extraña: nos hallamos en presencia, en comunicación con un espíritu que une los fenómenos del mundo exterior a sus propios sentimientos, a sus estados de conciencia, por medio de una ideación, no aparente, no manifiesta, sino oculta, como subterránea. De ahí esa especie de incoherencia ideológica que los críticos superficiales pudieran notar en los versos de Rosalía; pero que es, en el fondo, una coherencia íntima, profunda, de una lógica y de una trascendencia idealizadoras. El poeta, por ejemplo, tiene ante sí la visión de un bosque rumoroso y vasto; es en otoño; las hojas van cayendo y cubren de una alfombra amarillenta la tierra. Una «honda angustia» se apodera de Rosalía; su pecho se siente oprimido. Y en este momento—enlazando, sin decirlo, esta tristeza del otoño y este caer de las hojas con recuerdos y remembranzas que no se nombran—; en este instante, angustiada por la evocación íntima del pasado, Rosalía pregunta: «¿Por qué me ha concedido el cielo una tan terca, tan fiel memoria?»

Ama profundamente nuestro poeta la Naturaleza; la eternidad de las cosas la llena de emoción. «Lo que es eterno no puede acabar; la inmensidad no puede tener fin.» Impregnada de emoción ante lo perdurable, lo eterno de las cosas, ve la Naturaleza Rosalía de Castro. Se extasía ante los bosques sonoros y hoscos, «los altos, gigantescos castaños seculares», «las encinas vetustas», los verdes y suaves panoramas de los prados, el mar con sus «sordos bramidos», los paisajes invernales con los «desnudos árboles y los montes cenicientos», las grises neblinas que velan el horizonte, las «nubes pardas» que van avanzando lentamente por el cielo... Frente a esos paisajes melancólicos de su tierra, nuestro poeta va recogiendo su espíritu sobre sí mismo y debatiéndose en internas luchas. No es un espectador indiferente Rosalía; una inquietud interior la desasosiega; ella misma nos habla de «las inquietudes vagas, las ternuras secretas». ¿Qué significado tiene este espectáculo eterno de las cosas que aparece ante nuestros ojos? ¿Para qué las cosas? ¿Para qué nosotros? Y, sobre todo, lo verdaderamente inquietante, lo que nos hace experimentar más vaga sensación de angustia—tan maravillosamente expresada en los versos de Rosalía—es que no podamos definir concretamente qué es lo que añoramos en lo pasado, ni podamos tampoco expresar qué es lo que ansiamos. ¿Cómo concretar ante este mar, ante esta montaña, un sentimiento del pasado que nos invade, ni como hacer visible con palabras un deseo que ahora, en este momento supremo, llena nuestro espíritu? Sólo hay un algo que ansiemos para mitigar la melancolía que nos producen las cosas: el olvido. A esa ansia del olvido llega lógica, fatalmente Rosalía de Castro; de «las aguas del olvido, que es de la muerte hermano», nos habla el poeta.

La piedad y la comprensión bondadosa de todo se producen en el espíritu colocado en tal posición. Piedad y comprensión manan de los versos de Rosalía. Nada más humano, más alto, más delicado, más supremamente comprensor que su poema *Margarita;* ni nadie habrá sentido como nuestro poeta al ver desfilar por los caminos de su tierra los míseros labriegos hacia la costa, en donde embarcarán para lejanos países. Cuando sopla un vendaval duro—escribe—y en el hogar arde el

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.